

# Fracaso

## La dignidad del fracaso

Carlos Manzano

El éxito y el fracaso ocupan un mismo plano. Para el autor del artículo el mayor éxito reside en saber reconocer los fracasos con dignidad.



ILUSTRACIÓN: Egipto C. Ángel Orensanz

Dice el estribillo de una hermosa canción de Luis Eduardo Aute:

Quiero que me digas, amor  
que no todo fue naufragar  
por haber creído que amar  
era el verbo más bello  
dímelo  
me va la vida en ello.

La canción, una de las más bellas loas a la dignidad de la derrota que el que suscribe ha escuchado nunca, viene a poner en solfa una de las cuestiones vitales del ser humano y que una vez certificada la muerte de Dios ha pasado a adquirir capital importancia: “Y todo esto, ¿de ver-

dad ha merecido la pena?”.

Como bien nos enseñó Ferdinand de Saussure en su imprescindible *Curso de lingüística general*, todo signo lingüístico posee dos dimensiones, el significante y el significado. El significante, salvo ligeras variantes dialectales, es único en cada idioma y da lugar a pocas controversias en cuanto a su representación; el significado, por el contrario, es variable, plural, mudable y relacional. Es manipulable y engañoso. Es etéreo. Y pocas palabras podemos encontrar tan sometidas a esa variabilidad como los términos éxito y fracaso.

Más allá de la figura romántica del perdedor (el famoso *loser* del

cine americano), el término éxito suele estar asociado a una visión positiva, deseable, codiciada de la vida. El éxito como consecución de uno o varios objetivos. No obstante, en lo que tal vez no habría tanta coincidencia es en afirmar qué logros o experiencias merecerían semejante calificación, es decir, en el reconocimiento del instante en que hemos alcanzado el éxito.

El éxito económico, delimitado por la vieja relación entre pérdidas y ganancias, quizá presente pocas dudas: como en el viejo y ridículo juego del *Monopoli*, gana el que más tiene. Pero en un sentido ontológico más generoso, tomando en consideración

todas las vertientes que presentan las decisiones humanas, hasta el individuo más simple estaría de acuerdo en que esa acepción no nos sirve. El éxito ni siquiera consiste en llegar a lo más alto en el menor tiempo. El éxito, más bien, consistiría en poder responder a la pregunta que figura al final del primer párrafo de este texto con una frase simple pero contundente, algo así como: «Sin duda, desde luego, ha merecido la pena».

La realidad española de los últimos años nos ofrece varios ejemplos de que el éxito está a menudo bastante alejado de la simple fórmula del «cuanto más, mejor». Sería sencillo hacer aquí relación de unos cuantos nombres que en términos cuantitativos tal vez hayan alcanzado un éxito palpable, engordando sus cuentas corrientes hasta llegar a cifras astronómicas y entregando su vida al objetivo de alcanzar tal opulencia y despilfarro que harían palidecer de envidia a muchos. Y sin embargo, hay poca gente medianamente sensata que no piense en ellos con emociones no muy alejadas del desprecio y la indignación.

Por eso a mí me interesa mucho más otra clase de éxito, un éxito que, lejos de erigirse sobre la vanidad y el deslumbramiento, tendría su base en algo mucho más sencillo al alcance de todos: asumir con dignidad el fracaso. O dicho de otro modo: la épica de la renuncia, fracasar por hacer lo correcto, por no traicionarse a uno mismo. Renunciar a nuestros sueños por no pisotear los de los demás. Reducir ese principio vital que dice «si quieres, puedes» (el infantil sueño americano) a lo que realmente es: una excusa urdida por los más sinvergüenzas para justificar sus atropellos. El éxito como abdicación. El éxito, pues, entendido como aceptación del fracaso.

Fracasar podría ser, desde esta perspectiva, el verbo más conjugado en la vida de millones de personas si entendemos por tal, como he señalado, la imposibilidad de llevar a cabo todos esos anhelos irrenuncia-

bles sobre los que íbamos a fundar nuestra existencia. Es humano e inevitable que uno vaya tejiendo en su cabeza sueños, proyectos, ideas, esperanzas, aunque sepa de antemano que son imposibles de conseguir en su totalidad. Pero incluso cuando alguien logra alcanzar una parte significativa de esas metas, cabría preguntarse qué ha ido dejando por el camino, a qué ha renunciado que parecía fundamental, qué nos ha sido exigido para llegar hasta aquí. Por eso, no es la cantidad de sueños alcanzados lo que marcaría un nivel aceptable de éxito, sino más bien la serenidad con que somos capaces de asumir que no los vamos a (o que no debemos) lograr nunca.

En literatura, por hablar de un campo concreto que me interesa especialmente, la tarea de inscribir a los autores en una u otra columna del binomio éxito/fracaso es algo menos complicada. Un autor de éxito, en su acepción más tópica, sería un autor cuyos libros se venden mucho; por el contrario, un autor fracasado sería aquel cuyos libros apenas son leídos. Cualquiera que manifieste un mínimo interés en los procesos de creación intelectual y, en general, en la actividad artística, sabe que esa clasificación es espuria y engañosa, además de ridícula. Pocos tendrán dudas de que un escritor de éxito es aquel que crea obras profundas, sólidas, rigurosas, hermosas y vivas. Da igual lo que venda o lo conocido que sea. Un escritor de éxito es aquel que hace bullir en sus libros la vida misma, que nos presenta un espejo (da igual si plano, cóncavo o convexo) donde enfrentarnos a nosotros mismos. Un escritor de éxito es aquel capaz de hablar de cada uno de nosotros, de sus lectores individuales, en cada uno de sus libros o, por acabar con una frase rimbombante, es aquel que hace del fracaso su mayor garantía de éxito.